



---

**RECENSIONES**

---

Julián Vadillo Muñoz, *Historia de la CNT. Utopía, pragmatismo y revolución*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2019, 286 páginas, por Antonio Rivera Blanco (Universidad del País Vasco)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2021.5902>

Después de la eclosión bibliográfica que arrancó en la Transición y duró hasta mediados de los ochenta, paralela a su ciclo de vida en ese tiempo, el interés por el anarquismo español y su organización señera, la CNT, ha regresado en los últimos años en forma de estudios locales y temáticos (mujer, violencia...). Con parte de ellos y con su trayectoria de publicaciones sobre la cultura política libertaria se ha atrevido Julián Vadillo a conformar una nueva historia de ese sindicato medio siglo después de la canónica de José Peirats (*La CNT en la revolución española*, Ruedo Ibérico, París).

El abordaje es cronológico, deteniéndose en cuestiones a las que el autor trata de aportar. El sujeto es la CNT, lo que deriva en una historia orgánica, como si se tratara de un protagonista colectivo con variaciones, pero uniforme a partir de las decisiones también orgánicas tomadas, y obviando la porosidad con otras culturas políticas que tuvo un colectivo tan numeroso y longevo como el libertario. También, otra vez, una historia de la CNT muy interiorista, no suficientemente atenta (aunque más que sus antecesores) y precisa en el análisis de lo que *le ocurría* alrededor.

El objeto es despejar lugares comunes a partir de lo últimamente sabido y pensado, aunque el autor confunde los molinos de una publicística que tiene a los anarquistas como a los más malos del lugar (violentos, primitivos, irreflexivos, dogmáticos) con una historiografía académica que, afortunadamente, hace mucho que superó casi todos ellos. A la vez, nos devuelve a algunos debates centrales presentando las posiciones con mano izquierda y conocimiento, aunque no siempre resolviéndolos con claridad.

Dos ejemplos y una disensión. Primero, la “doble vía” sindicato-específica surgida ya con la federación española de la AIT custodiada por una Alianza de la Democracia Socialista –

no la de Fanelli y Bakunin, sino una patria, la de Farga Pellicer y otros-, que se reprodujo más adelante, en 1888, con el dueto OARE-Federación de Resistencia al Capital (luego Pacto de Unión y Solidaridad), y definitivamente con la FAI y la CNT, desde 1927. Después siguió con el cometido incierto de los “comités de defensa” y los “grupos de acción” –sigo sin distinguirlos después de leerle- y se mantuvo en un espacio impreciso hasta la creación en la guerra del Movimiento Libertario Español. Un tema muy interesante que invita a preguntas esenciales acerca de su función: ¿proteger a la organización central de los embates represivos, pero también de los competidores internos y externos que podrían sacarla de su único espacio imaginable: el libertario? El manifiesto de los “treintistas” reivindicó a la CNT como “organización que tiene el derecho de controlarse a sí misma”, lo mismo da si se refería a la FAI o a grupos paralelos a ellas dos. Un clásico ante el que Vadillo adopta, como hace con otros temas, una posición ortodoxa: la esencia anarquista era intocable y la “trabazón” su procedimiento.

Segundo, los aportes ideológicos y teóricos en la creación de la CNT y, más importante, el deslinde entre sindicalismo revolucionario –esa cultura política de una parte del proletariado de la segunda revolución industrial que estudió Marcel van der Linden- y anarcosindicalismo, y sus fronteras más evidentes con el sindicalismo anarquista tipo FORA. Otro asunto de importancia e interés en el libro, bien tratado, aunque, como digo, tampoco resuelto por completo (quizás porque al final las fronteras vuelven a ser porosas), y donde se esconde la profunda desconfianza del anarquismo –desde Malatesta- con las posibilidades emancipadoras del sindicalismo. ¿Hubiera acabado la CNT –como planteó Pere Gabriel en alguna ocasión-, de la mano de gentes como Peiró, en una especie de “laborismo libertario” de no haber mediado la guerra civil y la dictadura? Un contrafactual sugerente.

Finalmente, una discrepancia: el acompañante violento del anarquismo. Aquí los lugares comunes, muy extendidos, se combaten no haciendo responsables a la organización y a sus acuerdos de cosas que hacían los suyos por su cuenta y en una lógica compartida, o presentando la violencia como provocación del poder, como si este no tuviera “derecho a defenderse” de los anarquistas (es ironía, pero operativa, realista). Es aquello de que en los locales sindicales no se podía beber, pero se podía entrar borracho; la CNT era santa, pero sus afiliados individualmente podían ser pérfidos. No, a diferencia de la UGT, por ejemplo, la violencia ha sido un problema eterno para el anarquismo y, particularmente –lo dice también Vadillo-, para quienes desde ese espacio querían hacer política de masas, desde la Mano Negra al turbio asunto Scala. Y lo ha sido porque las páginas amables sobre la influencia de Sorel no pueden ocultar su contribución

al atractivo y confianza en las posibilidades manumisoras de la violencia, al valor intrínseco de la acción o a un estímulo por reaccionar contra la presión estructural de los de arriba – ¡dichoso determinismo!- que no tenía por qué reforzar la capacidad de los de abajo, sino lo contrario. También colaboró la confusa formulación de Malatesta de la “propaganda por el hecho”, capaz de acoger lo mejor y lo peor de la práctica anarquista. En definitiva, siempre la violencia de los pocos fortaleció las posiciones de los menos, pero más hiperactivos y radicales, sometiendo la historia del obrerismo libertario a un discurrir de picos extremos, que iban de la eclosión recurrente a la casi desaparición (también recurrente). Un asunto que el anarquismo y sus historiadores deberían abordar sin lugares comunes, pero también sin complejos.

Vadillo sostiene, ya desde el título, que la CNT fue en su trayectoria tan revolucionaria como pragmática. Es otro de los atractivos de esta lectura, aunque el argumento me suscite alguna duda. ¿Qué es el pragmatismo? ¿Someterte a la realidad cuando no tienes fuerzas para doblegarla? Sí, pero lo sería forzado o resignado y no suscitado por tu intención. El pragmatismo es tener la puerta abierta a la realidad y a las modificaciones estratégicas y tácticas que permitan ir a todas de la mano. Creo que la CNT pecó mucho de doctrinaria –recuérdese el trinomio de “principios, tácticas y finalidades”, que Vadillo cita solo una vez-, y que sus pragmáticos, tipo Peiró (también Seguí, claro), han tenido menos aura que los guardianes de las esencias (la Montseny y su familia) o, no digamos, los activistas (con Durruti al frente). Recientemente preparé la edición española del libro sobre Horacio Martínez Prieto –secretario de la CNT en la crucial primavera-verano del 36- escrito por su desaparecido hijo (César M. Lorenzo, *Horacio Prieto, mi padre*). Eso es un pragmático y un antidoctrinario. ¿Quién recuerda que existió?

A pesar del atractivo de esos renovados debates que plantea el autor, creo que la mirada desde la cúpula de la organización –o desde la perspectiva orgánica que señalaba al principio- le privan de una consideración más dinámica: la que proporcionan precisamente los estudios locales. La recepción cenetista de la República es un buen ejemplo. 1930 –al que no se le presta aquí la importancia que destacó Eduardo de Guzmán en su homónimo libro- fue el de la “resurrección del ave fénix”, que se aprecia a nivel local por la porosidad libertaria con unos entusiasmados republicanos –momento en que no dominó el “nosotros solos” típico del anarquismo del siglo XX, menos colaboracionista de lo que supone nuestro autor- y por la conquista de sindicatos enteros de la UGT (cosa que refiere solo para Madrid y la Construcción). La CNT fue al congreso de 1931 y empezó con un orden del día que decía en su punto octavo “posición ANTE” la novedad republicana para cambiarlo sobre la marcha por un “FRENTE”. Y

no es casualidad. Como dice Vadillo, de allí salió una posición pragmática que, al volver los delegados a sus localidades, se transformó en todas partes en una estrategia de confrontación contra la República (Orobón *dixit*) que duró hasta el desfallecimiento de 1933-34. Lo explica porque “el devenir de los acontecimientos le llevó por otro camino”. No es tan fácil. El pragmatismo en la resolución de las huelgas que se aprecia a nivel local por parte de la CNT es más que discutible: primó una visión finalista en cada conflicto, al punto de que ello desangró a la sindical. Y lo que no había hecho esa estrategia lo remató la reiteración de acompañamientos a otras tantas sublevaciones anarquistas en esos años, que Vadillo (y una nueva historiografía que aquí representa bien) se niega a definir como “ciclo insurreccional”, como se le ha denominado habitualmente. No entro en el tema porque basta ver lo que dijo la propia CNT en su balance autocrítico del congreso de Zaragoza de 1936, que tan bien nos recuerda el autor. Semanas antes, la CNT le habría dado a la República una segunda oportunidad absteniéndose menos en las elecciones de febrero. Eso demostraría que su política no fue de enfrentamiento contra el Estado republicano. Seguro que Manuel Azaña se revolvería en su tumba al escucharlo.

El marxismo ha dado a la estrategia mucha importancia y a los libertarios escasa. Como se aprecia en el libro, es la hermana menor que ni siquiera figura en la triplete sacrosanta de “principios, tácticas y finalidades”. Sin embargo, es desde donde se establece el objetivo principal y los procedimientos para alcanzarlo; la táctica son pequeños fragmentos de ese trayecto. Los “treintistas” o los diversos escisionistas de los años ochenta se reclamaban todos de la CNT, pero diferían profundamente en las estrategias. Estas son lo importante y lo que proporciona explicaciones; lo otro es el genérico amor a la madre común. Por eso a la CNT le llega la oportunidad revolucionaria “caída del cielo”, de un fallido golpe de Estado que colapsa la República, sin planificar antes cómo forzarla –más allá de la “gimnasia revolucionaria” que, *a posteriori*, identificó Abad de Santillán y que existió como tal- o cómo relacionarse con los diferentes grupos que iban a competir con ella en ese momento, como le ocurrió durante la guerra. A diferencia de en Francia, en España se dedicó poco tiempo a valorar la experiencia de la revolución rusa, como propusieron Maknho y Archinov.

La modernidad, frente al estereotipo de un anarquismo arcaico, es otra cosa que reivindica Vadillo. Tiene toda la razón: lo explicó Antonio Bar hace años en *La CNT en los años rojos*. La sindical libertaria, con los sindicatos únicos, fue la primera en adaptarse a la progresiva verticalización capitalista (no llegó al final con la generalización de las federaciones de industria, ahí por detrás de la UGT, pero no se puede estar en todo). Pero, además, hay un detalle

que explica la eclosión cenetista en el “trienio rojo”: esas estructuras permitían acumular fuerzas en un único sindicato local y extender la organización eficazmente en las medianas ciudades españolas con unos pocos cuadros y activistas. Un ejemplo de adecuada lectura de la realidad y de respuesta a la misma que contrasta, sin embargo, con los momentos en que la Confederación no fue capaz de ello. Primero, cuando tuvo en reiteradas ocasiones que ir a la clandestinidad y se demostró a sí misma que una organización de masas no funciona en ese escenario (y más si padece la brutalidad represiva del franquismo). Segundo, cuando no fue capaz de adaptarse a las novedades y se convirtió en irrelevante (la dictadura y la nueva clase obrera del desarrollismo) o en historia (la nueva experiencia democrática tras la Transición). En resumen, un muy buen compendio histórico, bien documentado y de ágil lectura, además de capaz de suscitar debates como los que se han planteado en este apunte crítico.